

EDITORIAL:

La integración está en duda en la actual sociedad internacional. Los decisivos avances que se han producido a lo largo de la segunda mitad del siglo XX con el establecimiento de numerosos y, en algunos casos, exitosos esquemas de integración, parece que se encuentran en entredicho tanto en Europa como en América que, en esencia, representan a dos continentes que han apostado, de una manera decidida, por la integración política y económica. La aparición y el resurgimiento, con fuerza, de los fenómenos nacionalistas y populistas ponen en cuestión los principales logros que se han alcanzado con la integración y desvelan las debilidades que forman parte de cada uno de los acuerdos integracionistas. Habría que evitar “el efecto contagio” que llevase al abandono de la integración como ideal en las relaciones internacionales. La sociedad internacional no sólo es sumamente heterogénea sino que, al mismo tiempo, tiene altas dosis de fragmentación. La existencia de Estados está en la base de una sociedad con elementos de dispersión y escasamente solidaria. Precisamente, la integración es lo que pone fin a la fragmentación y la que se asegura el bienestar de los pueblos.

Como se recordará, será a mediados del siglo XX cuando, tanto en Europa como en América, se pudieron en marcha los primeros esquemas de integración que, durante, los últimos sesenta años, han significado un cambio trascendental en las relaciones internacionales contemporáneas. La “desaparición” de los Estados, tal y como son concebidos en la actualidad, es, sin lugar a dudas, el fin último de la integración y, con ello, el surgimiento de una “nueva” sociedad internacional en la que se expresen agrupaciones de países que constituyan una misma unidad política. Los nacionalismos y populismos a los que se enfrenta, en los últimos tiempos, la Unión Europea ponen en riesgo los avances de la Unión y, sobre todo, menoscaban el grado de bienestar del que se disfruta en la Europa comunitaria. Los nacionalismos y populismos han impedido, asimismo, que se produzca una integración real en el continente americano, dando lugar, en ocasiones, a múltiples procesos de integración carentes de una voluntad real de generar acuerdos de integración en los que se transfiera soberanía.

Todas las realidades se diluyen en el marco de la acción que llevan a cabo las posiciones nacionalistas y populistas y, todo ello, conduce a la afirmación de micro entidades políticas. Se resienten la paz y la seguridad internacionales y se ve afectada la estabilidad en el orden internacional. La afirmación de pertenencia a minorías es inacabable y pone en peligro la voluntad de crear espacios amplios de cooperación internacional. La realidad iberoamericana resulta irreconocible en el marco de los populismos y nacionalismos y se le priva de todo sentido. Lo iberoamericano es, por esencia, universal. La realidad europea se diluye en un mar de pequeñas porciones de realidades nacionales que encierran el germen de los conflictos. No sabemos si la historia tiene retrocesos pero resulta claro que el triunfo de las posiciones nacionalistas

llevaría al continente europeo a la debilidad y a la disgregación en la sociedad internacional contemporánea.

Resulta imprescindible potenciar los procesos de integración y, sobre todo, que se produzcan en el menor tiempo posible los mayores avances posibles. En el espacio latinoamericano hay que alcanzar, cuanto antes, acuerdos de integración que conduzcan al establecimiento de un mercado común y hay que avanzar, decisivamente, en la creación de monedas únicas. Europa debe seguir impulsando la integración pero, hoy más que nunca, se necesita que el continente americano y, en particular, el área latinoamericana, apuesten sin fisuras por el fenómeno de la integración.

Los iberoamericanos tienen mucho que decir en este campo. La pertenencia de países de Iberoamérica tanto al proceso de integración europeo como a diversos esquemas de integración que acontecen en el espacio americano, nos presta una oportunidad inigualable para constituirnos en defensores de la integración en todas sus dimensiones y manifestaciones. Los iberoamericanos deben apostar por el bienestar de los pueblos que proporciona la integración y, por ello, profundizar y consolidar los esquemas de integración en los que se ven inmersos.

Se hace necesario que, tanto en Europa como en América, la integración siga produciendo resultados tangibles. En el caso europeo, el camino de la unión bancaria y financiera debe culminar lo antes posible y se deben transferir competencias, a raudales, al proceso de integración que representa la Unión Europea. Las posiciones nacionalistas tratan de impedir que la Unión se refuerce y las manifestaciones populistas tienden a reducir los éxitos de la integración. En muchos de los países de la Unión Europea, y también en España, aunque no todavía en Portugal, han surgido movimientos populistas que menoscaban los logros que se van alcanzando a través de la unión y que, en el fondo, apuestan, por posturas en defensa de los intereses puramente nacionales.

En el caso de América, desde hace tiempo, se observa la necesidad de que se proceda a la simplificación en los esquemas de integración existentes, de tal manera que se reduzca el número de procesos en los que participan los países americanos y, en particular, los del área latinoamericana. La existencia simultánea de numerosos acuerdos de integración en el continente americano debilita, sobremanera, los avances en materia de integración y convierte, buena parte de estos acuerdos, en meros marcos de cooperación internacional e, incluso, en simples foros de debate. El contenido que se le está dando a la Alianza del Pacífico augura, por ahora, que se pretende un cambio de rumbo de esta situación y que un grupo de países latinoamericanos están decididos a avanzar en la integración económica. En todo caso, el nacionalismo habita en las entrañas de los Estados americanos en su conjunto, prácticamente si exclusión alguna. Asimismo, continúan existiendo posiciones populistas que limitarían los efectos de la verdadera integración.

La realidad iberoamericana debe convivir con la integración y debe favorecer que se produzcan avances en los esquemas de integración en los que participan los

países iberoamericanos. Aunque la Comunidad iberoamericana no tenga como objetivo prioritario los aspectos relativos a la integración económica, debe contribuir a que ésta sea posible en los diversos procesos de integración existentes.